

HIJOS DESCARRIADOS

Cómo hallar paz y mantener la esperanza

STUART W. SCOTT


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

31 DÍAS

DEVOCIONALES PARA LA VIDA

Deepak Reju,
editor de la serie

La ansiedad: cómo conocer la paz de Dios

Paul Tautges

La depresión: encuentra a Cristo en las tinieblas

Edward T. Welch

El duelo: caminando con Jesús

Bob Kellemen

El enojo: calma tu corazón

Robert D. Jones

Hijos descarriados: cómo hallar paz y mantener la esperanza

Stuart W. Scott

Un pasado doloroso: cómo ir sanando y seguir adelante

Lauren Whitman

La seguridad: descansa en la salvación de Dios

William P. Smith

La vergüenza: eres conocido y amado

Esther Liu

Contenido

Cómo nutrir tu alma 7

Introducción 9

Acude al Señor en busca de fortaleza y esperanza

Día 1: Confía en Dios en los tiempos oscuros 13

Día 2: Acércate a Dios 15

Día 3: El lugar adecuado para la esperanza y el gozo 17

Día 4: Da gracias en todo 19

Día 5: Dios entiende 21

Día 6: Sigue el ritmo 23

Día 7: Vive ante el Señor 25

Día 8: Confía en la gracia de Dios 27

Día 9: La historia de tu hijo no ha acabado 29

Toma medidas sabias

Día 10: Anima a tu hijo 33

Día 11: Busca la humildad 35

Día 12: No tardes en confesar 37

Día 13: Guarda tu corazón 39

Día 14: ¡Sin retroceder! ¡Sin abandonar! 41

Día 15: Ajusta tus expectativas	43
Día 16: Recuerda lo bueno	45
Día 17: Vuelve a enfocarte en Jesús	47
Día 18: Persevera hasta el final	49
Día 19: Adopta una perspectiva eterna	51
Día 20: Enfócate en Dios y en los demás	53
Día 21: Confía en Dios y haz lo correcto	55
Día 22: Mantente firme	57
Día 23: No caigas en el juego de la culpa	59
Día 24: No te aísles	61
Día 25: Deja el resentimiento contra tu hijo	63
Día 26: Resiste la trampa de la comparación	65
Día 27: No sucumbas a la ira pecaminosa	67
Día 28: Arrepiéntete de tu mala comunicación	69

Persevera hasta el fin

Día 29: Ora, ora, ora	73
Día 30: Gracia, maravillosa gracia	75
Día 31: Descansa y confía	77
Conclusión	79
Reconocimientos	81
Respuestas piadosas para transformar el corazón	83
Notas	89
Recursos sugeridos para el viaje	91

Cómo nutrir tu alma

Un poco cada día puede ser muy bueno para tu alma.

Yo les leo la Biblia a mis hijos durante el desayuno. No leo mucho; tal vez solo unos versículos. Sin embargo, me esfuerzo por hacerlo todos los días entre semana.

Mi esposa y yo oramos por uno de nuestros hijos, un hijo distinto, todas las noches antes de acostarnos. Por lo general, eso solo demora unos minutos. No hacemos oraciones largas y extendidas, pero intentamos orar casi todas las noches.

Aunque estas prácticas no demoran mucho tiempo, son edificantes, esperanzadoras y eficaces.

Este devocional funciona del mismo modo. Cada lectura es breve. Solo son unos sabrosos bocados de la Biblia para nutrir tu alma hambrienta. Léelo en el metro o en el autobús de camino al trabajo. Léelo con un amigo o con tu cónyuge todas las noches mientras cenan. Hazlo parte de tu vida diaria durante treinta y un días, y te hará mucho bien.

¿Por qué?

Comenzamos con la Escritura. La Palabra de Dios es poderosa. Cuando es usada por el Espíritu Santo, convierte el corazón de los reyes, consuela a los humildes y da vista espiritual a los ciegos. Transforma vidas haciendo grandes cambios. Sabemos que la Biblia es la Palabra de Dios, así que la leemos y estudiamos para conocer a Dios mismo.

Nuestro estudio de la Escritura es práctico. La teología debe cambiar la manera en que vivimos. Es crucial que conectes la Palabra con tus luchas. Al leer este devocional, encontrarás la palabra *tú* con frecuencia, pues Stuart te habla directamente a ti. Cada lectura contiene preguntas de reflexión y sugerencias prácticas. Te beneficiarás mucho más de esta experiencia si respondes las preguntas y realizas los ejercicios prácticos. No te los saltes. Hazlos por el bien de tu propia alma.

Nuestro estudio de la Escritura es un acto de adoración. Nuestro corazón se rompe cuando nuestros hijos abandonan la fe y desechan años de

enseñanza bíblica y del modelo de Cristo que han visto en su hogar y en la iglesia. ¿Qué debemos hacer? Volver a Cristo. Aferrarnos a Él. Rogar que Él tenga misericordia de nosotros y de nuestros hijos. La tentación de poner nuestra esperanza en algo distinto a Jesús es fuerte: «¿Qué pasaría si mi hijo asistiera a la iglesia? ¿Qué pasaría si mi hijo comenzara a estudiar la Biblia conmigo?». Aunque esas cosas son buenas, debemos tener cuidado. No hemos de poner nuestra esperanza en un cambio de las circunstancias, sino en Dios mismo. Debemos volvernos a la Palabra. Esto puede ayudarnos a ver que Dios es más grande que cualquier circunstancia dolorosa. En la Palabra, vemos las respuestas para nuestra confusión, nuestro dolor, nuestro sufrimiento, nuestra ansiedad, nuestro enojo y mucho más. La Palabra puede restaurar nuestra adoración.

Si este devocional te parece útil (¡y espero que así sea!), vuelve a leerlo en distintos períodos de tu vida. Complétalo durante un mes a partir de hoy y luego vuelve a leerlo dentro de un año, para que recuerdes que, a fin de cuentas, nuestra esperanza de cambio debe estar en Cristo.

Si después de leer y releer el devocional de Stuart deseas acceder a más recursos llenos de la verdad del evangelio, Stuart incluyó una lista con varios de esos recursos al final del libro. Cómpralos y úsalos bien.

¿Estás listo? Comencemos.

Deepak Reju

Introducción

Como tomaste este libro, supondré que tú o alguien cercano a ti necesita estímulo y sabiduría de lo alto. Si te sientes confundido y estás preguntándote qué fue lo que salió mal, debes recordar que incluso Dios crió hijos que se rebelaron y siguieron su propio camino (ver Is 1:2). Lo mejor que puedes hacer cuando comienza la angustia es vivir con la conciencia de que tú mismo eres hijo del Padre perfecto. Necesitas de tu Padre, de Su sabiduría y de Su guía a cada instante. Es posible que, *de un modo doloroso*, ya hayas tomado conciencia de esa realidad en el viaje de la paternidad.

Si Dios ha permitido que estés experimentando una prueba debido a tu hijo, debes saber que, por muy mala que sea, también es *buena*. Es buena porque Dios no te está haciendo un mal, sino que está haciendo algo *para* ti. Por medio de estas circunstancias, Dios pretende revelarse ante ti y lograr muchas cosas para ti (de modo que mejores como padre), para tu hijo y para Su gloria. Ya sea que tu hijo o tu hija esté tomando malas decisiones o se esté rebelando activamente mientras vive en la bancarrota espiritual, nuestro Señor y Salvador es mayor que todos esos desafíos (ver Sal 147:5). Él puede sostenerte como padre. Él puede darte diadema en vez de ceniza, aunque tengas remordimientos por tu crianza (ver Is 61:3).

Lamentablemente, no es inusual que los jóvenes abandonen la fe alrededor de la que crecieron y tal vez incluso profesaron. Si eres padre de un hijo descarriado, no estás solo, aunque a veces puedas sentirte así. Como es obvio, el Señor está contigo (ver Heb 13:5-6). Sin embargo, yo también he estado en tu posición, y aún lo estoy mientras escribo estas palabras. Durante unos veinte años, Dios ha sido bueno conmigo y me ha refinado en esta circunstancia. El «Padre de misericordias y Dios de toda consolación» (2 Co 1:3) me ha dado, junto a mi esposa Zondra, muchas oportunidades de «consolar a los que están en [esta] aflicción, dándoles el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios» (v. 4).

En mi diario de oración, tengo ocho páginas con nombres de padres y sus hijos descarriados por los que oro con regularidad. El número

aumenta cada vez que me encuentro con más padres que tienen esa necesidad en mis conversaciones y consejería. El Señor ha resuelto gloriosamente varias situaciones desoladoras.

Hay muchos otros en la misma situación que tú, y tu Padre celestial no los ha abandonado a ellos ni te ha abandonado a ti. Tampoco te ha dado más de lo que puedes soportar por Su gracia (ver 2 Co 12:7-10). Este libro pequeño contiene un mes de devocionales diarios que te deberían darte ánimo, dirección bíblica y un examen provechoso.

Aunque las lecturas de cada día son breves, debes tener en cuenta que las verdades contenidas en ellas no son clichés. La lectura de cada día empieza con uno o dos versículos principales relacionados con el tema que se tratará. Sin embargo, cada lectura también incluye otras referencias que respaldan la idea principal. Si buscas todas las referencias, los devocionales serán más significativos y poderosos. Si no tienes tiempo para buscarlas algún día en particular, siempre podrás volver a leer el devocional después o incluso hacer una segunda o tercera ronda de los treinta y un días para aprovecharlos al máximo. Que Dios te bendiga en este viaje.

**Acude al Señor en busca
de fortaleza y esperanza**

DÍA 1

Confía en Dios en los tiempos oscuros

*¡La Roca! Su obra es perfecta,
Porque todos Sus caminos son justos;
Dios de fidelidad y sin injusticia,
Justo y recto es Él (Dt 32:4).*

En los tiempos de gran dificultad, aprendemos qué es lo que de verdad creemos. Cuando estamos sufriendo, debemos reposar en el carácter de Dios y aferrarnos a Su Palabra. Él es «bueno... y bienhechor» (Sal 119:68). Es perfecto en todos Sus caminos (ver Sal 18:30). No nos ha fallado ni es indiferente a nuestro dolor o a las dificultades de nuestros hijos (ver Is 61:1-3; 63:9). Es omnipotente, omnisciente y sapientísimo (ver Sal 139:1-24; Jr 10:12; 32:27). Además, «Dios es Luz, y en Él no hay ninguna tiniebla» (1 Jn 1:5). El versículo de hoy es un buen resumen de estas verdades.

Tal vez estás aprendiendo que, de los regalos que Dios te ha dado, tus hijos son uno de los más difíciles de dejar *completamente* en las manos divinas. Aceptar los tiempos o las decisiones de Dios respecto a la salvación de nuestros hijos es un asunto de pura fe y la prueba suprema de nuestra confianza y sumisión. No siempre es incorrecto plantear preguntas sinceras ante Dios. Sin embargo, debes tener cuidado con *cómo* interrogas a Dios durante este período. «¿Por qué, Dios?» puede ser un clamor doloroso que anhela entender y tener fe, o un juicio airado contra la obra de Dios en tus circunstancias. Lo segundo no te llevará a ninguna parte, y Dios no lo merece.

Los años difíciles de la paternidad son un período especial en que debemos aprender a confiar más en el Señor. La confianza genuina significa que estamos dispuestos a aceptar la calamidad y no solo el bien cuando está filtrada por las manos de Dios. Piensa en Job, que perdió repentinamente todo lo que valoraba. Su asombrosa reacción frente a esa prueba extrema fue adorar a Dios en vez de juzgarlo: «Entonces Job se levantó, rasgó su manto, se rasuró la cabeza, y postrándose en tierra,

adoró, y dijo: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. El SEÑOR dio y el SEÑOR quitó; bendito sea el nombre del SEÑOR”. En todo esto Job no pecó ni culpó a Dios» (Job 1:20-22).

El profeta Habacuc expresó la misma actitud cuando dijo: «Aunque la higuera no eche brotes, ni haya fruto en las viñas; aunque falte el producto del olivo, y los campos no produzcan alimento; aunque falten las ovejas del redil, y no haya vacas en los establos, con todo yo me alegraré en el SEÑOR, me regocijaré en el Dios de mi salvación. El Señor DIOS es mi fortaleza; Él ha hecho mis pies como los de las ciervas, y por las alturas me hace caminar» (Hab 3:17-19).

Posteriormente, la confianza de Job *sí* flaqueó. Y también es posible que tú flaquees. Sin embargo, *debes* volver —y Dios te ayudará— a confiar como lo hizo Job (ver Job 42:1-6). Esa es la clase de amor y confianza que merece el Dios sapientísimo y bueno.

Reflexiona: Uno de nuestros mayores desafíos es dejar *por completo* a nuestros hijos en manos de Dios. Sin embargo, perdemos mucho hasta que aceptamos el plan de Dios y confiamos en Su fidelidad (ver Ec 7:13-14).

Reflexiona: Pregúntate: «¿De qué manera el Señor puede estar haciendo crecer mi fe con esta circunstancia?».

Actúa: En este momento de tu vida, es crítico que estudies el carácter de Dios. Haz un plan para estudiar y repasar Sus atributos.

DÍA 2

Acércate a Dios

Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes (Stg 4:8).

¡Qué preciosa promesa de Dios encontramos en Santiago 4! Piensa un instante en las grandes implicaciones de la cercanía de Dios en nuestra vida, en especial para nosotros como padres (ver Is 40:9-31; Ef 1:19; Fil 4:13). Podemos acudir a Dios cuando estamos perplejos y doloridos, o incluso cuando estamos pecando, para «[derramar nuestro] corazón delante de Él» (Sal 62:8) y dar a conocer nuestras peticiones (ver Fil 4:6). La Escritura nos dice: «Confíen en Él en todo tiempo, oh pueblo [...] Dios es nuestro refugio» (Sal 62:8).

Efesios 2:13 nos enseña que, por Cristo, Dios ya está cerca de los Suyos: «Pero ahora en Cristo Jesús, ustedes, que en otro tiempo estaban lejos, han sido acercados por la sangre de Cristo». Sin embargo, si *tú* te acercas a Dios, descubrirás que, a efectos prácticos, Él está más cerca, pues lo verás mejor. «Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos aunque la tierra sufra cambios, y aunque los montes se deslicen al fondo de los mares» (Sal 46:1-2).

Para quienes han sido salvados por la sola gracia de Dios mediante la fe en Cristo, Él siempre está ahí. Por lo tanto, no es que de algún modo debamos acercarnos a Dios a nosotros; tampoco debemos preguntarnos: «¿Dónde estás tú, Dios, en todo esto?». Más bien, debemos adentrarnos en Él orando con humildad, leyendo Su Palabra, sometiendo nuestra voluntad a la Suya (ver Sal 145:18) y confesando nuestros pecados (ver Stg 4:5-10).

Tu única esperanza en esta circunstancia o en cualquier otra es Dios. Acercarnos al Señor Jesús es la única manera posible de «por nada [estar] afanosos» (Fil 4:6). Puedes acudir a Cristo y echar «toda [tu] ansiedad sobre Él, porque Él tiene cuidado de [ti]» (1 P 5:7). Él conoce cada lágrima que has derramado (ver Sal 34:15; 56:8). Está cercano

a los quebrantados de corazón y actúa por el bien de los humildes (ver Sal 34:18; Stg 4:8-10).

Deja de preocuparte, deja de formular preguntas y, en cambio, acércate a Dios para hallar la ayuda, la fuerza y la sabiduría que necesitas: es lo mejor que puedes hacer. «Pero para mí, estar cerca de Dios es mi bien; en Dios el Señor he puesto mi refugio para contar todas Tus obras» (Sal 73:28).

Reflexiona: ¿Cuál es tu reacción cuando recibes malas noticias o cuando el temor o el dolor empiezan a abrumarte? ¿Comienzas de inmediato a actuar a tu propio modo o en tus propias fuerzas? ¿Te enojas o te alejas del Señor? ¿Te adormeces con un falso refugio, distanciándote (en cierto sentido) de Él? ¿O te acercas a Dios?

Reflexiona: ¿De qué manera esta circunstancia podría obrar para bien en tu relación con Dios?

Actúa: Escoge un momento específico en que puedas alejarte de tus preocupaciones terrenales para derramar tu corazón y acercarte al Señor a través de Su Palabra, la oración y las confesiones que necesites hacer. En ese tiempo, toma el compromiso de acercarte a Dios cada vez que la situación sea dolorosa o confusa.

Actúa: Agradece a Dios con frecuencia porque Él está cerca por la sola sangre de Cristo. Luego de acercarte a Él, elévate a la fe en Su carácter.

DÍA 3

El lugar adecuado para la esperanza y el gozo

¿Por qué te desesperas, alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios, pues he de alabarlo otra vez por la salvación de Su presencia (Sal 42:5).

Nuestra esperanza está en aquello en lo que confiamos o en las cosas en que fijamos nuestro corazón como «indispensables» (ver Sal 73:25-26). Nuestra verdadera esperanza y nuestro verdadero gozo deben estar solo en Dios: en Su carácter, en Su sacrificio y promesas para nosotros. ¿Todavía tienes esperanza y gozo en Él? Los padres que esperan solo en Dios no viven en la desesperación por sus hijos. Por otro lado, la esperanza que se sitúa en cualquier cosa que no sea el Señor siempre desilusiona.

Muchos de nosotros no notamos cuánto se han alargado los pequeños tentáculos de nuestra esperanza hasta que los vemos probados. Recuerdo cuando a Zondra y a mí nos resultó muy claro que estábamos poniendo la esperanza de nuestra paz y nuestro gozo en cosas que no eran Dios, como por ejemplo:

- la salvación y bendición de nuestros hijos;
- el crecimiento en piedad, unidad y gozo de toda la familia;
- tener hijos piadosos, una herencia piadosa;
- gozar de la reputación de ser padres exitosos.

Era fácil que Zondra pusiera su esperanza en una familia feliz, pues tuvo todo lo contrario mientras crecía. Para mí era fácil poner mi esperanza en continuar el tipo de familia en que crecí. En cambio, necesitábamos poner el corazón y la esperanza solo en Dios, sabiendo que solo Él es digno y suficiente (ver Sal 63:1-8).

El lugar donde situamos nuestra esperanza es donde encontramos (o intentamos encontrar) nuestro gozo supremo. Cuando ponemos nuestra esperanza y nuestro gozo en algo que no es el Señor, eso pasa a

ser un ídolo de nuestro corazón (ver Ez 14:4-5; 1 Jn 5:21). Pecamos o nos desesperamos regularmente por eso.

Sin importar lo que esté ocurriendo en tu vida ahora mismo, puedes tener gozo en el carácter de Cristo, en lo que Él hizo por ti, en el hecho de que Él siempre es tu Dios y en la promesa de que estarás junto a Él en el cielo para siempre *si* Cristo realmente es donde está tu esperanza. Como es natural, cuando nuestros hijos rechazan a Jesús o actúan de un modo necio para su propio mal, sufrimos. Uno de los dolores más profundos que tengo junto a mi esposa Zondra es la condición perdida de nuestros amados hijos (ver Ro 9:1-3). Sin embargo, según el apóstol Pablo, *es* posible, incluso imperativo, tener dolor y gozo al mismo tiempo: «Pues en todo nos recomendamos a nosotros mismos como ministros de Dios, en mucha perseverancia, en aflicciones, en privaciones, en angustias... *como entristecidos, pero siempre gozosos*; como pobres, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, aunque poseyéndolo todo» (2 Co 6:4, 10).

Aunque hay lugar para sufrir de forma humilde (no con amargura), debemos dejar de enfocarnos en el dilema de nuestros hijos o en nuestras esperanzas frustradas para pensar *más* en lo que tenemos en Dios: Su gracia inmerecida y Su fidelidad. Sin esas cosas, no puede haber gozo. Gracias a Dios, podemos acudir a Aquel que fue «Varón de dolores y experimentado en aflicción» *por nosotros* y tener gozo en Él (Isa 53:3; ver también v. 11; Fil 3:10).

Reflexiona: Nuestra verdadera esperanza y gozo solo deben estar en Dios: en Su carácter y en Sus promesas para nosotros.

Actúa: Pregúntate si tus hijos y la salvación de ellos son más importantes que Cristo para ti. Si es necesario, confiesa que has puesto tu esperanza en el lugar incorrecto o que has cometido idolatría.

Actúa: Planifica conocer más de Dios, de Su gracia inmerecida y de Su fidelidad. ¿Qué puede ayudarte a lograrlo?